Mi enfermera particular
Autor: Manolo Campa

Hace tres años fui intervenido quirúrgicamente (operado de la próstata). Me siento muy bien. Por ello doy gracias a Dios diariamente. El joven cirujano que me operó me dijo, cuando volví en sí de la anestesia, que la operación había sido exitosa. Me ericé cuando me informó que había cerrado la incisión con ocho puntos de presilla, que en unos días me quitaría. En un tono casi fúnebre me recomendó, para lograr una recuperación total, no levantar nada pesado durante la convalecencia. Sentencia que aún estoy cumpliendo, con muy buenos resultados.

Como estoy convaleciente, desde hace tres años, las macetas con las plantas de mi esposa no las muevo yo de un lugar a otro, lo hace alguno de nuestros hijos cuando nos visita. La limpieza del auto, alternadamente, la realizan dos de mis nietos. Mis amigos, de oírme decir que no les puedo ayudar a mover mesas y sillas en nuestras reuniones por estar "operado", me tratan con la delicadeza con que trataban a sus esposas cuando estaban recién paridas.

Volviendo atrás: Salí del hospital. Me quitaron los puntos. Esto me angustiaba. Tenía la impresión de que cualquier paso en falso podía abrirme la herida por donde se saldrían las tripas. Estaba cauteloso, atemorizado. Me movía con la lentitud del que tiene callos en la planta de los pies. Mi mujer, en lugar de solidarizarse conmigo, en un alarde de feminismo se aprovechaba de mi aflicción para destacar la fortaleza de las mujeres frente al dolor, decía: "si los hombres tuviesen que parir…"

La Navidad estaba al doblar de la esquina. El espíritu navideño no me había calado. Mi sociabilidad estaba afectada por mi chifladura de recién operado. La Nochebuena estaba a cuatro o cinco hojitas del almanaque y la familia esperaba que yo cenase con ellos. Una representación de hijos y nietos me visitó para invitarme… sin opción a declinar.

Mi mujer, cansada de mi "pataleo" (protestas), me echó una regañina en la que me recordó que durante los días que pasé en el hospital, tenía mejor disposición de ánimo… le impresionó mi valentía de entonces, cuando a las pocas horas de haber regresado de la sala de operaciones, sin decir ni pío, obedecí las órdenes de la enfermera que me llevó a caminar.

Sin pensar lo que decía y sus consecuencias, le aclaré que en el hospital, la enfermera de pelo largo, maquillada como bailarina de ballet, con pestañas enormes que le tropezaban en los cristales de los espejuelos por lo que siempre los llevaba colgados al cuello, entre sonrisas y empujones, sin darme oportunidad a protestar, me arrastraba alegremente a caminar. ¿Entendido? Le pregunté con enfado. Entendido. Me contestó con una dulce calma que presagiaba tormenta.

Y así fue. A la caída de la tarde de aquel 24 de diciembre, vestida y maquillada como la enfermera a la que me referí en el párrafo anterior, me alcanzó el traje, la corbata y el resto del ajuar de los días grandes para entre sonrisas y órdenes ayudarme a vestir para ir a celebrar la Nochebuena… salida que yo consideraba una temeridad que podía dar al traste con el buen curso que estaba teniendo mi recuperación.

En la foto que da fe gráfica de este relato, nótese el contraste entre mi gesto de inseguridad, mi mirada de angustia y la alegría de cascabel de mi esposa, convertida en mi enfermera particular.

EN SERIO:

Ofrecer una disculpa a quien hemos ofendido es loable. Pero es tan frecuentemente que decimos lo que nos parece sin pensar si ofendemos, herimos, injuriamos y hasta calumniamos que las disculpas que ofrecemos aparecen como que adolecen de sinceridad.

¿No sería más fácil pensar lo que vamos a decir o escribir, evitando así ofender a alguien? Cualquier persona, sin pensar, dice o escribe ofensas a otra y como apretando una tecla del "computer", sin pensar también, emite una disculpa vacía y "pasa la hoja".

Pensemos antes de expresarnos y evitaremos así los grandes conflictos que a veces creamos con nuestros comentarios abruptos. De muchas maneras se contribuye a la paz y ésta sería una de ellas.

Aprovecho la actualidad de las "disculpas" (de políticos, editores y directores de periódicos) para hacer una aclaración. Oímos y leemos a detractores "pedir disculpas" por sus equivocaciones, ofensas y falsedades. Error: el que ofende no pide disculpas… Las disculpas las pide el ofendido y las da el que ofende.

Del Manual de Estilo de Televisión Española, obra del periodista Salvador Mendieta Torres, transcribo lo siguiente: Es frecuente el error de *pedir disculpas.* Disculpa no es otra cosa que "la razón que se da o la causa que se alega para excusarse". Por lo tanto, *pedir disculpas* sería tanto como decir: "pedimos una razón para excusarnos", lo cual no tiene sentido. Ha de decirse, pues: *pedimos perdón, nos disculpamos…*